



Vista del Hospital Real de Santiago antes de que fuese convertido en hotel

El Hospital Real de Santiago de Compostela

Por Isaac Diaz Pardo

Todos los caminos de Galicia van hacia Santiago de Compostela acompañados de un símbolo ancestral atravesando pinares y robledas, cruzando ríos, subiendo y bajando montes, haciéndose y deshaciéndose en corredoiras y congostras que se retuercen sobre sí mismas, despertando pueblos dormidos en el sueño de la tierra maravillosamente fértil, y llamados siempre por el amor de los horizontes de sus montañas azules en las que el Pico Sacro supone un oteante vigía. Son caminos que como una rosa náutica proceden de todas las direcciones. Desde el norte de Galicia y las rías altas y las tierras de los ártabros, pasando por Betanzos y el Mesón do Vento; desde los cien puertos de Fisterra y las rías bajas, pasando por Santa Comba, por Ames y Padrón y subiendo por la Mahía; desde Portugal y Orense, cruzando las tierras de Lalín; desde Francia y Castilla, pasando por Lugo y Mondoñedo y las tierras de Me-

lide, llegan a Santiago por A Xionlla; por O Pombal, por Vidán, por A Choupana, por O Castrondouro y por Bonaval.

Por estos caminos llegan a Santiago los romeros de todas las partes del mundo que en la noche del fuego lo llenan todo. Son los mismos caminos por donde llegaron las culturas extrañas a someterse al dulce y macizo ser de Galicia, de alma románica, un poco barroca. Son los caminos por donde vienen los peregrinos de la vida a intuir el milagro de las plazas y rías de piedra, de las columnas y las archivoltas de seixo. El peregrino de Santiago no tiene nada que ver con el que va, por ejemplo, a Lourdes. El de Santiago es el mismo que va a Florencia y a Siena, no a pedir restitución de cosas materiales, sino a sobrecoarse bajo esa maravillosa lección de geometría del espíritu.

Pero por los caminos de Galicia también llegaban a Compostela nuestros labriegos y marine-

ros húmedos, en busca de remedio al dolor de su cuerpo, al Hospital Real. Las alegrías más íntimas y los dolores más humanos de nuestro pueblo llegaban a Santiago por los mismos caminos.

El Hospital Real de Santiago era uno de los últimos centros de caridad cristiana y constituía un motivo de esperanza para algunos de los dolores de nuestro pueblo. La Diputación Provincial ayudaba a sostenerlo con gran sacrificio dentro de sus escasos medios y la clase médica de Santiago, inteligente y abnegada, practicaba su más alta caridad responsabilizándose en aquel centro con esa colaboración ciudadana que despierta el dolor. Ella cubría con su posibilidad a donde ya no alcanzaba la administración provincial y un día tenía que llevar su propio instrumental quirúrgico y otro hasta la propia cal para blanquear las paredes.

Santiago era una de las ciudades del mundo que con más en-

trañable respeto conservaba el destino de sus piedras.

Hoy el Hospital Real de Santiago, por virtud de algo extraño a los intereses de Galicia, ya no es el Hospital paradigma de caridad. Hoy es, desde hace un par de años, un hotel de lujo que sirve a la voluptuosidad de todos los nuevos ricos del mundo.

Con el Hospital Real se cerró al pueblo de Santiago la magnífica Iglesia que encierra y que ahora sirve de oratorio a los clientes del Hotel.

Para su transformación en hotel del más grande lujo (nunca un hotel pudo llegar a ser más ni el Hospital de Santiago pudo llegar a ser menos) se invirtieron cuantiosas sumas, mil veces mayores que las que hacían falta, y que siempre se negaron, para dignificar la anterior institución hospitalaria. Afortunadamente, una mano inteligente ha reconstruido y fortalecido la estructura interior de la excepcional pieza arquitectónica, con ejemplar respeto. Pero el fin a que está hoy destinado el edificio obligaron a ponerles "cosas" al alcance de la "cultura" de las gentes que, generalmente, suelen disfrutar de esos centros; y, así, a una joya arquitectónica del mejor plateresco del siglo XV, hubieron de ponerse puertas de plexiglás sin marco como a las confiterías americanas; instalar una marisquería en las antiguas salas de operaciones, una cafetería americana en el antiguo pabellón de tiñosos, y en el antiguo depósito de cadáveres del Espolón da Costa do Cristo instalar una bolera, también, americana, que en la noche llena la Plaza del Hospital de ruidos desho-nestos.

Por el orden de convertir el Hospital Real de Santiago en hotel de lujo se llegará rápidamente a transformar el Monasterio del Escorial en un cabaret, sin que ello suponga mayor barbaridad.

El Hospital Real de Santiago pudo, y aún puede, transformarse en Museo de Galicia, en Facultad de Ciencias o de Filosofía... en algo que pueda llevar al hombre hacia la perfección y no a la molición.

Hoy, cuando las Academias de

Bellas Artes se colocan un bozal al considerar problemas como el del Hospital de Santiago, como se lo colocaron al derribar la casa de Espinosa y dejar construir precisamente en la Plaza de las Platerías un establecimiento bancario; cuando permanecieron calladas ante el hecho de que la zafia galería del Palacio Arzobispal sea sustituida por otra más costosa, pero tan zafia cuando es posible que permanezcan asimismo calladas ante esa idea cerril de desmontarle la fachada al Monasterio de Monfero para ser colocada en una construcción de cemento en La Coruña, es urgente advertir por cualquier medio a las gentes que ejercen la función directora del deber

que tienen de asesorarse, al menos en esto de la arquitectura, en una opinión ciudadana responsablemente técnica, porque los errores cometidos sobre la piedra, que se entrega ingenua y dura en el tiempo como las vivencias en las almas infantiles, tienen una muy difícil y acaso imposible rectificación.

El Patrimonio Artístico Nacional no puede estar jugando a los aciertos o a los errores al reconstruir o conservar monumentos, porque los aciertos, que indudablemente ha tenido, se oscurecen ante las equivocaciones, ya que un organismo técnico tiene la obligación de hacer las cosas bien o dimitir aunque ahora no esté de moda.



Señal colocada exactamente sobre una gárgola en una de las esquinas del ex Hospital Real Compostelano, en una magnífica fotografía de Moneo Sanz